

Ugo Rossi

La política neoliberal del abandono urbano y la resistencia como encuentro

Intervención de Ugo Rossi, profesor de la Universidad de Turín, el 15 de febrero de 2018 en Bolonia durante la presentación del libro electrónico *Città, spazi abbandonati, autogestione*.

La versión original en italiano puede encontrarse en infoaut.org (enlace breve: bit.ly/2GV6I40)

Con licencia creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/2.5/es/

También está, en italiano, en www.euronomade.info/?p=10658

Me alegra estar hoy aquí. Lamentablemente no pude participar en la conferencia de octubre [Bolonia, 3 octubre, organizada por el Laboratorio Crash], aunque sí estuviese presente con mi pensamiento, porque creo que ha sido un momento importante en la construcción en Italia de un contraste en torno a los estudios urbanos críticos, aún ausentes en los circuitos institucionales de investigación. De hecho, desde los años ochenta la universidad italiana ha erigido un verdadero muro contra la teoría crítica y contra todo enfoque transformador de la investigación social. La conferencia de octubre fue, por tanto, un primer momento, que espero será seguido por otros cada vez más amplios, de reflexión y contraste entre quienes investigan en la universidad o fuera de ella sobre las metrópolis, las ciudades, las transformaciones capitalistas de nuestros entornos de vida urbana.

Creo que el abandono urbano es un tema de gran actualidad, ya que capta un aspecto fundamental de las sociedades contemporáneas del "tardo neoliberalismo", si queremos llamarlas así (*tardo* en tanto que post-crisis): por un lado, expresa una tendencia a largo plazo, que podríamos describir como el desarrollo desigual de la economía, por el cual los desequilibrios estructurales hoy existentes entre ciudades y regiones reproducen la dinámica histórica del desarrollo territorial en la esfera capitalista; al mismo tiempo, hay algo nuevo en los últimos años, no sólo porque estos desequilibrios se han profundizado en comparación con el pasado, lo que no es nada desdeñable, sino también porque el tema de las desigualdades sociales y territoriales ha vuelto al centro del debate público, después de haber sido marginado durante las décadas de auge indiscutible del neoliberalismo, desde los años ochenta hasta finales de la primera década del siglo XXI.

En ese sentido, la crisis económica de los últimos años ha sido un punto de inflexión fundamental. En el mundo anglosajón se define esta crisis como "crisis de 2008", seguida de la "gran recesión" de 2009. Desde 2010 o finales de 2009 la economía comenzó a crecer lentamente en Estados Unidos, aunque no fueran resueltas las contradicciones que desencadenaron la crisis, a partir de la financiarización de la economía. En el sur de Europa, como sabemos, la crisis ha ido mucho más allá. Los años 2010 y 2011 fueron los más difíciles para la economía de los países del sur de Europa, incluida la italiana, con el estallido de la crisis de "la deuda soberana", pero los efectos duraderos del estancamiento económico aún son visibles hoy en día en esta parte del continente.

Consecuencias de la crisis de 2008-2009

La crisis de finales de la primera década del siglo XXI se generó a partir de la dinámica -y de las disfunciones de tal dinámica- de la valorización capitalista de las ciudades y de su mercado inmobiliario en una fase marcada por la financiarización de la economía y la vida social. Nació del colapso del sector hipotecario inmobiliario, particularmente de las hipotecas subprime dirigidas a sujetos sociales con escasos medios, invendibles en el mercado hipotecario ordinario. Para ampliar el mercado y beneficiarse del vacío dejado por la drástica reducción de la política de vivienda pública en la fase neoliberal, se creó una oferta especial de hipotecas para personas potencialmente insolventes. La crisis de 2008 surgió del fracaso de ese intento de secuestrar a los pobres y sus "vidas desnudas" dentro de la red del crédito hipotecario. Un intento que, en ausencia de alternativas, está destinado a ser redirigido hacia nuevos esquemas e instrumentos de financiarización de la vida social.

Es interesante comparar la crisis de 2008 con otra crisis sistémica y estructural de la historia capitalista reciente, la de 1973-75. Son crisis muy diferentes, pero ambas

tienen una dimensión estructural y orgánica. La crisis de 1973-1975 desencadenó, como puede verse en los estudios hechos sobre sus efectos territoriales, una *crisis urbana*, la definición más utilizada en los estudios hechos entre finales de los setenta y mediados de los ochenta. Porque a esa crisis siguió un período de declive industrial (crisis del triángulo industrial italiano [Milán, Turín, Génova], superación general del fordismo, etc.) y una verdadera crisis urbana. Hoy, en una ciudad como Nueva York y en particular en Manhattan y en las áreas "regeneradas" de Brooklyn hay una crisis de vivienda provocada por la efervescencia del mercado inmobiliario, en el sentido de que las casas son inaccesibles para las clases medias bajas debido a sus precios demasiado altos. La crisis de la vivienda producida por el sobrecalentamiento del mercado inmobiliario (lo que Henri Lefebvre antes y David Harvey después han llamado el "circuito secundario" del capital) se ha agravado por el fenómeno global de "turistificación urbana" que satura la oferta habitacional. En esas áreas centrales sólo hay una significativa disponibilidad en los espacios destinados al comercio minorista, porque muchas tiendas han tenido que cerrar por la letal combinación de los altos precios de alquiler con el auge del comercio on-line. Sin embargo, a principios de los años noventa en Manhattan uno de cada cuatro inmuebles estaban vacíos, en desuso.

La crisis financiera de 2008 dio lugar a un escenario completamente diferente. Aunque nació en el marco de la economía urbana y sus disfunciones, la crisis de 2008 desencadenó una demanda aún más intensa en la ciudad y las áreas urbanas. La recuperación de la economía capitalista se ha centrado ante todo en la valorización de lo ofrecido por las metrópolis.

No es coincidencia que, tras la aparición de las tecnologías digitales interactivas desde 2007-2008, cuando se originó el fenómeno de las redes sociales, las APP, etc., la difusión de las plataformas digitales apli-

casas a nivel urbano se haya producido a partir de 2010, coincidiendo con la recuperación general de la economía estadounidense; por ejemplo, las plataformas Airbnb y Uber se fundaron en 2008-2009, pero también se han desarrollado otras como las de comida a domicilio o Amazon, que ha experimentado una importante urbanización en los últimos años. Tan pronto como la economía se recuperó, primero en Estados Unidos y luego globalmente, cobraron impulso estas nuevas economías tecnológicas fuertemente urbanizadas, la denominada "economía colaborativa", el capitalismo de las plataformas, las startups innovadoras [o "empresas emergentes"].

La era urbana: entre la subsunción y el abandono

La *era urbana* de la que hoy se habla se caracteriza por la diseminación y multiplicación de los asentamientos urbanos. Pero, más allá de esta expresión material de la era urbana, a la que prestan habitual atención las Naciones Unidas y otros investigadores, lo que debemos observar es la intensificación de la valorización capitalista de lo urbano, de las relaciones sociales urbanas, es decir, del capital cognitivo-afectivo contenido en los ambientes vitales de las metrópolis. Porque las economías de las plataformas, de la *smart city* ["ciudad inteligente"], de los *big data* [macrodatos], no hacen otra cosa que explotar y subsumir un potencial de interacción y de cooperación social que reside en las metrópolis capitalistas. Tras la crisis de 2008, por tanto, se ha producido el advenimiento de una nueva era urbana, en la que las metrópolis se afirman como lugar privilegiado para una economía capitalista que tiene que lidiar con los efectos desestabilizadores de la financiarización y la desregulación neoliberal.

En este contexto, particularmente tras la "explosión populista" de 2016 (Brexit e investidura de Trump), se ha renovado el interés por la cuestión de las áreas en declive, es decir, los espacios de abandono

urbano de los que estamos hablando hoy, incluso por parte de expertos y órganos informativos moderados o conservadores habitualmente poco sensibles al problema de las desigualdades sociales y territoriales. Por ejemplo, el semanario *Economist* le ha dedicado una portada recientemente. En este sentido, es esclarecedor ver a qué se refiere lo que Jamie Peck, uno de los más importantes geógrafos económicos contemporáneos, denomina *celebrity urbanology* [urbanología de la fama], de orientación neoliberal. Este año, mi curso magistral en la Universidad de Toronto sobre la "ciudad creativa" está dedicado a este tema; por lo tanto, he elaborado algunas ideas al respecto que ahora expondré sintéticamente.

Algunos urbanólogos destacan entre los demás, en un panorama cada vez más poblado. Uno de ellos es, sin duda, Richard Florida, muy conocido por su teoría de la *clase creativa*; el otro es Edward Glaeser, igualmente conocido, aunque quizás algo menos fuera de los ámbitos académicos, pero que es una estrella académica, profesor de Harvard y protagonista del renacimiento de la economía urbana, un ámbito antes marginal dentro de la corriente principal de los estudios económicos.

En 2011, Glaeser publicó el libro *El triunfo de las ciudades* [Taurus, 2011], que es el manifiesto de la nueva urbanología. En el curso que voy a comenzar, propongo comparar y ofrecer una interpretación crítica respecto a estas dos versiones de la *celebrity urbanology*, convergentes en muchos aspectos pero con diferencias significativas: una más liberal (Florida), otra más típicamente neoliberal (Glaeser).

En su libro, Glaeser decide despojarse definitivamente de la vestimenta de economista conservador-elitista, con la que en sus trabajos previos insistía más en los aspectos de seguridad y habitabilidad de los espacios residenciales de la clase media suburbana. En este libro pasa a afirmar que la pobreza típica de las metrópolis del Sur del mundo tiene un gran potencial de desa-

rollo, que la diversidad étnica es un recurso para la valorización y que el desorden de las grandes ciudades es un indicador de tácticas potencialidades; además, dice claramente, con indicaciones precisas a los gobernantes, que hay que evitar las inversiones en áreas marginales periféricas y ciudades en declive (Detroit, por ejemplo), evitar costosos programas de renovación urbana e incentivación empresarial, ya que sería como tirar dinero a la basura porque terminan siendo utilizados de manera improductiva. No debemos invertir, dice, en lugares que no tienen futuro, en ciudades en dificultades, ni en áreas urbanas en declive, porque es un desperdicio de energía y de fondos públicos.

Por el contrario, dice Glaeser, hay que invertir en las personas, en el capital humano para que los habitantes de las áreas decadentes se formen y hagan emerger su propio talento creando las condiciones para abandonar esos espacios lo antes posible, mudándose a localidades atractivas, donde su capital humano pueda valorizarse. Y habría que aceptar, dice también, que algunas localidades pasen por fases de redimensionamiento demográfico, con drástica pérdida de población.

Este es el hilo que une a los "urbanólogos del éxito", tales como Richard Florida, Enrico Moretti o Edward Glaeser, a los que, pese a la diversidad de acentos, une la idea de que lo que sostiene a la economía capitalista es la movilidad de las personas en función de sus competencias profesionales y de su capacidad para construir relaciones sociales, es decir, de su capital humano y creativo. Lo que Florida, por ejemplo, llama el "poder de los lugares" es la capacidad de algunas ciudades y áreas urbanas para atraer a los mejores profesionales. Esta visión, hoy dominante entre políticos y expertos de orientación neoliberal, justifica y al mismo tiempo alimenta una jerarquización del espacio geográfico cada vez más marcada: hay lugares atractivos y otros (ciudades o zonas de ellas) que están destinados a un declive o a un

redimensionamiento en cierta medida irreversible. Esto es lo que prescribe el urbanismo neoliberal. De ahí la idea de que los trabajadores y profesionales de alto valor añadido deben converger hacia los lugares más atractivos y que no es realista, sino dañino, intentar reanimar el destino de los espacios en declive con políticas sistémicas de redistribución de la riqueza a nivel territorial.

En las décadas de los cincuenta y sesenta, los programas reformistas del denominado keynesianismo territorial intentaban intervenir sobre regiones económicamente desfavorecidas o en barrios que necesitaban servicios públicos para salir del bache. Estas intervenciones se llevaron a cabo de acuerdo con una visión de reequilibrio territorial. En cambio, la nueva ideología capitalista pide resignarse a estas diferencias, porque es la tendencia inevitable. En los espacios que quedan excluidos de la valorización capitalista sólo existen soluciones minimalistas y de supervivencia, como el apoyo al turismo, allá donde haya condiciones para ello, o la creación de universidades técnicas con la esperanza de fomentar el emprendimiento tecnológico, como sugiere Economist. Por tanto, creo que el tema del abandono, a la luz de esta nueva ideología capitalista, es un aspecto fundamental sobre el que reflexionar. En torno a la centralidad urbana tras la crisis de 2008, a la concentración de recursos en lugares considerados centrales y a la marginación y la renuncia a intervenciones integrales en lugares periféricos que, según la lógica neoliberal de la competitividad, no serían dignos de ello.

El contexto italiano: el ciclo reaccionario y la "resistencia como encuentro"

En el contexto italiano, la nueva "urbanología" que acabo de describir sumariamente tiene efectos peculiares y potencialmente explosivos en el ámbito político, porque Italia se caracteriza por diferencias de ingresos que desde su fundación como estado unitario están en la base de su geo-

grafía económica, en particular la división entre el sur y el centro-norte. No es coincidencia que hoy las regiones centrales y meridionales se hayan convertido en una cuenca electoral disputada por las nuevas y viejas derechas, esto es, por Cinco Estrellas y por la nueva coalición de centroderecha. Por esta razón, la Liga de Salvini se ha empeñado en expandirse desde el norte hacia las regiones centromeridionales, donde hay un resentimiento social, una ira, una desesperación que representa el contrapunto de la política neoliberal de la centralidad urbana. Según la ideología de la centralidad urbana, bien representada en Italia por el Partido Demócrata, Milán está de moda y el resto del país debe seguir sin vacilación su ejemplo de renacimiento urbano: "una ciudad líder, desde aquí arranca de nuevo Italia", dijo Matteo Renzi para celebrar el lanzamiento del "Pacto por Milán" en septiembre de 2016. El nuevo dualismo centro-periferia está en el origen de los fenómenos de abierta xenofobia (Liga y derechas nacionalistas) o, como en caso de Cinco Estrellas, de una intolerancia mal disimulada hacia los migrantes y las organizaciones humanitarias que los apoyan. ¿Por qué hoy somos testigos de esta explosión de racismo por los italianos? Mi respuesta es la siguiente: porque la clase media, desmoralizada por la pérdida de valor de sus activos inmobiliarios tras la crisis de 2008 y los comienzos de la segunda década del siglo XXI, una pérdida particularmente dura en las áreas periféricas en declive económico, comenzó a tomarla con los migrantes, las gentes de color y las de fe islámica sobre todo, percibidas como amenaza adicional al valor ya inestable de su propiedad privada. Esto también está presente en el análisis de Alberto de Nicola sobre el ciclo político reaccionario que hoy caracteriza a Italia.

En resumen: si, como es comúnmente aceptado, la elección de Trump dio expresión a la ira social de los lugares olvidados, de las periferias remotas, desde entonces se han desplegado los efectos nefastos (racis-

mo, islamofobia) y las consecuencias políticas de la urbanología neoliberal, esto es, la nueva hegemonía de las derechas en sus diversas articulaciones. Las ciudades pequeñas y medianas de los estados más remotos se han convertido en el gran yacimiento electoral de Trump, mientras que los demócratas se han mantenido en las ciudades liberales de la costa, en las denominadas "great American cities", con el sostén de las elites blancas "globalistas" y de las minorías afroamericanas e hispanas. En Italia, la geografía del resentimiento social presenta una situación en parte similar a la de Estados Unidos, aunque tal vez más variada, pues no sólo se encuentra en los lugares más remotos. La rabia fascista (de Forza Nuova y Casa Pound, pero también de la gente común) no se alimenta sólo en Macerata, y el terreno fértil para el ciclo político reaccionario no se crea sólo en las regiones periféricas, sino que todo eso ocurre también en las periferias romanas o turinenses, en los espacios abandonados de las metrópolis capitalistas. La perspectiva política que tenemos por delante sólo puede ser la de resistencia a este ciclo reaccionario. Desde este punto de vista, siento que el marco italiano es muy similar al de Estados Unidos, donde "la resistencia" es la única opción disponible para quienes se oponen hoy a la "era Trump". Creo, sin embargo, que en esta fase particular debemos concebir la política de resistencia no sólo en oposición al ciclo político regresivo y reaccionario que tenemos ante nosotros, sino también como gesto afirmativo, es decir como "política del encuentro". La idea de la política del encuentro es algo que recibimos de los movimientos de 2011. Lo que hoy revive en los movimientos sociales contemporáneos es su herencia, su legado. Después de 2011, las ciudades se han convertido, a escala planetaria, en espacios de encuentro para las singularidades insurgentes: el orgullo de las minorías subalternas que salen a la luz con Black Lives Matter en Estados Unidos, el movimiento de solidaridad con

los refugiados en Europa y la insurgencia del movimiento de mujeres en los últimos dos años. La resistencia *per se* es un acto que expresa la negación de todo lo que es contrario a una idea de democracia sustancial (racismo, sexismo, fascismo). Ahora, el desafío político es llenar de sentido la resistencia con el acto afirmativo del encuentro.

¿Cómo responder a este ciclo político reaccionario con una política de resistencia que al mismo tiempo sea de encuentro entre quienes son diferentes, entre las minorías que están excluidas de este proceso de valorización capitalista y que están siendo empujadas hacia los espacios del abandono? "La resistencia como encuentro", como conciliación de la negación con una afirmación, es la idea sobre la que me gustaría reflexionar colectivamente como horizonte político de los movimientos contemporáneos.

Bolonia, 15 de febrero de 2018